HIGHFIELDS ACADEMY

DEUS EX NEVER

© Jakobe Fontán 2026

Obra registrada.

Prohibida su reproducción total o parcial.

© Ediciones K Media 2026

Número de asiento registral: REGAGE26e00003898273

Para solicitar más información:

administracion@ediciones-k-media.com

Visita: https://wolabu.com

HIGHFIELDS ACADEMY UNIVERSE

Universo narrativo original diseñado para adaptación serial

Este libro es fruto de diez años de rigurosa investigación documental y, aunque los nombres de las personas implicadas se han cambiado para proteger su privacidad, los hechos permanecen completamente inalterados. Más que una simple lectura, esta obra es una invitación cordial a la exploración: a lo largo del texto encontrará pistas, sucesos históricos y referencias que le animo a contrastar a través de internet, permitiéndole comprobar por sí mismo la veracidad y el trasfondo de todo lo que aquí se relata.

Capítulo 3
Algo Ha Cambiado

Volvió a sentarse y esperó a que Maya hablase.

—Desde que Alex despertó —comenzó la joven—. Desde que salió del coma, o de lo que fuera aquello... le pasa algo raro.

—¿Raro cómo? ¿Médicamente? Porque si necesitas...

—No es médico —lo interrumpió—. O al menos, no creo que lo sea. Es... —se pasó las manos por el pelo—. No sé cómo explicarlo sin que suene a locura.

Se inclinó hacia adelante y relajó la cara. De nada le servía mantener su máscara de profesionalidad. La señorita Swartz podía ver a través de él.

—Maya, después de todo lo que ha pasado, después del San Valentín Sangriento... créeme cuando te digo que mi definición de «locura» se ha expandido considerablemente.

Ella lo miró a los ojos.

—Está bien —respiró profundo—. Pero prométame que lo que le voy a contar no saldrá de esta sala. No quiero que Alex sepa que le he hablado de lo que le sucede, por lo menos hasta que entendamos qué significa.

—Te lo prometo.

Entonces comenzó a relatarle, y cada palabra que salía de su boca hacía que la temperatura de la sala pareciera descender un grado más.

—Alex tiene un sueño recurrente desde niño. Normalmente está en un bosque nevado, pero con los árboles quemados, como si hubiese habido un incendio o algo raro. Más bien, como una explosión, que los ha dejado aplastados.

Respiró profundo antes de continuar.

—Pero desde que despertó después de lo de San Valentín —el tono de voz de la joven bajó una escala—, ha empezado a soñar otras cosas.

Asintió levemente.

—¿Otras cosas…? —repitió casi sin darse cuenta.

Después se llevó una mano a la frente y habló de nuevo:

—Bueno, Maya, el cerebro construye sueños con cosas que nos ocurren. Es normal que tras una experiencia traumática Alex tenga...

—No, no, no me está entendiendo, profesor.

La interrupción fue brusca, casi insultante. Maya se inclinó hacia adelante y le clavó la mirada.

—Nunca sueña con cosas que le han pasado.

Parpadeó al escuchar a la joven.

—¿Entonces?

—Sueña cosas rarísimas, profesor, rarísimas. Siempre sobre gente que no conoce de nada. Por ejemplo, una pareja que acaba de tener un bebé y están felices, pero a la vez tristes. O sobre un hombre que trabaja horas y horas en una máquina gigante que casi no cabe en el almacén donde la está construyendo.

—A ver —juntó las manos a la altura de la cara—. Lo que describes no es nada raro, pueden ser escenas de películas, libros, cualquier cosa que haya visto o leído alguna vez. Una noche el cerebro hace clic y aparece.

La chica apretó los labios y asintió, pero su expresión era más de sorna.

—Entonces dígame una cosa —colocó las dos palmas sobre la mesa—. ¿Por qué siempre repite los mismos sueños?

—¿Cómo que los repite?

Maya se llevó las manos a la cabeza.

—Antes —levantó el dedo índice—. Siempre tenía un sueño, recurrente. Ahora tiene más, pero todos son recurrentes, ¿me entiende? Siempre sueña lo mismo, solo que ahora tiene más, no sé cómo llamarlo, ¿escenas?

Arrugó la nariz mientras procesaba la información, pero la psicología no era su campo.

—Si la doctora Sato no hubiese marchado... —murmuró, más para sí mismo que para Maya—. Intentaré localizarla a ver si puede venir a verle. Siento no poder ayudar, pero no es mi campo.

La decepción en el rostro de la joven fue palpable, pero asintió con resignación.

—Gracias de todas formas. Y perdón si antes fui demasiado contundente. —Apartó la mirada—. Ya sé que usted no tiene la culpa de nada.

—No hay nada que perdonar, Maya.

Se levantaron ambos, y sus manos se encontraron en un apretón firme.

—Nos vemos dentro de quince días.

Recogió su maletín y salió de la sala de interrogatorios. El guardia lo escoltó a través de los pasillos, firmó en el registro de salida, pasó de nuevo por el control de seguridad, y finalmente las puertas blindadas se abrieron para dejarle salir.

La temperatura exterior lo recibió con un desagradable recordatorio: aquellos últimos días de agosto una ola de calor estaba atravesando el país y los termómetros llegaban hasta los cuarenta grados algunos días.

Sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta y marcó.

El teléfono sonó una vez. Luego dos. Al tercer tono, la voz femenina automatizada le informó: «El teléfono al que está llamando tiene el móvil apagado o fuera de cobertura.»

—Mierda —masculló guardando el móvil de vuelta.

Comenzó a caminar y dobló la esquina del edificio principal, donde había dejado su motocicleta.

Se detuvo en seco al ver la escena que lo esperaba: una familia —padre, hija e hijo adolescentes— estaba tomándose selfis junto a su Kawasaki H2 SX. El chico sostenía su móvil en un ángulo extraño,

tratando de capturar la máquina en todo su esplendor, mientras su padre y hermana posaban encantados.

Al verlo acercarse, se apartaron de inmediato, con esa expresión de niños pillados con la mano en el tarro de galletas.

—Lo sentimos mucho, señor, yo...

—No, no, sigan —los invitó con una sonrisa—. Haceos todas las que queráis.

—Gracias, señor —dijo el chico, con los ojos brillándole—. ¡Vaya pepino! Es una Kawa H2, ¿no?

—Sí, campeón —le respondió—. La versión SX modificada.

El chaval se quedó mirándolo con la boca abierta.

—¿Modificada? ¿Eso qué es?

Vance se acercó a la moto sacando pecho y pasó la mano por el tanque de combustible con un gesto casi afectuoso.

—Un amigo la hackeó para que el limitador de velocidad no funcione —señaló al velocímetro—. Creo que puede alcanzar los 400 km/h.

—¡Buahhhh, qué puta pasada!

—¡Eh, Alejandro, esa boca!

El padre le lanzó una mirada de advertencia y el chico se encogió inmediatamente.

—Perdón, papá.

El hombre se volvió con expresión avergonzada.

—Disculpe a mi hijo, no le robamos más tiempo.

Negó con la cabeza, restándole importancia, y entrecerró los ojos.

—¿Turistas?

—Sí, señor, de España, estamos de vacaciones.

—Muy bien, disfruten lo que puedan antes de que se acaben.

La familia le agradeció efusivamente, con el chico todavía mirando la moto como si le diese pena dejarla allí. Los observó alejarse: el padre caminaba con la mano en el hombro de su hijo, probablemente dándole alguna charla sobre modales y vocabulario

apropiado, y la hija los seguía unos pasos atrás, revisando las fotos en el móvil.

Se montó en su Kawasaki, insertó la llave y el motor volvió a la vida con un sonido grave que hacía vibrar todo a su alrededor. Se colocó el casco y por un momento se quedó quieto, con las manos en el manillar.

Sueña cosas rarísimas. Gente que no conoce de nada o parejas que tienen bebés...

Las palabras de Maya resonaban en su cabeza como un eco. No era normal, pero nada de lo que había pasado durante el curso anterior era normal.

Necesitaba encontrar a la doctora Sato.